

Ví aquella faz serena,
 De luz, de gloria y de ternura llenal
 Ví aquellas amarillas
 Manos, cruzadas sobre el blando pecho;
 Allí tendida, inerte,
 Ya marchitas del todo sus mejillas,
 Ya envuelta por las sombras de la muerte.
 Tomé una de esas manos, seca y fría,
 Y la estreché, temblando, con la mía;
 Y aquel diálago mudo
 Que interrumpió el dolor y el alma hospeda
 Como á rayo de luz seco follaje,
 Concluyó con el último saludo
 De un espíritu triste que se queda
 Y otro que emprende el misterioso viaje.
 No gemí; no lloré yo era la nube
 Que en tempestuoso cielo se pasea,
 Bañada en agua por el éter sube
 Y al no poder llover relampagueal

V

¡Oh casta imagen de mis sueños, pasa;
 ¡Pobre rincón del patio de mi casa,
 Corredores extensos de mi escuela,
 Pasad; con recordaros, todavía
 Mi espíritu cansado se consuela!
 No he vuelto á ver ni la reja ni la calle,
 Mas vivirán en la memoria mía
 Mientras mi débil corazón batalle.
 Alguna noche grata
 Que recuerda mis horas de ventura,
 La estrella que cantó mi serenata
 Llena de paz, fulgura,
 Callada y triste, como yo en mi duelo,
 Sobre la muda soledad del cielo
 Que semeja en lo inmenso mi amargura.

DE UN POEMA

Hay un papel entre mis versos, mudo
 cómplice del recuerdo que me exalta;
 lo abro temblando, á la memoria ayudo,
 y en el silencio de mi hogar desnudo
 me pongo á meditar sobre tu falta.

*
*
*

Mi espíritu despierto emprende el viaje,
 y libre del afán que lo consume,
 vuela al pasado para ver tu traje
 besar su falda de crujiente encaje
 y embriagarse otra vez con su perfume.

*
*
*

El labio tiembla entonces y te nombra,
 y vuelvo á verme en la risueña estancia;
 las cortinas de tul, la roja alfombra,
 y derramando entre la grata sombra,
 mi regalo de flores su fragancia.

*
*
*

El piano abierto; en el atril alguna
 romanza que cantaste en la mañana;
 el tibio ambiente que á la luz se aduna,
 y el tembloroso rayo de la luna
 prendido en el cristal de la ventana.

*
*
*

¡Qué viento de armonías celestiales,
de músicas y besos, suena en torno?
De mi lámpara, en grupos desiguales,
asciende el humo en blancas espirales
y dibuja en la sombra tu contorno.

*
* *

Allí estás, sueño mío! No te escondas
que ya mis ilusiones vuelan francas,
del pecho surgen en lumíneas ondas
tal como surgen de las verdes frondas
ebrias de miel las mariposas blancas!

*
* *

No te escondas, que ya mis alegrías
son flores que abren el marchito broche;
derrama luz sobre las sombras mías,
y déjame decir como Tobías:
hay un ángel en medio de mi noche!



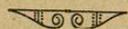
PERLAS

A Ignacio M. Luchichí

Como al fondo del mar baja
el buzo en busca de perlas,
la inspiración baja á veces
al fondo de mis tristezas
para recoger estrofas
empapadas en mis penas.
Y en cada uno de mis versos

viven, con vida siniestra,
mis deseos, mis temores,
mis dudas y mis creencias.
¡Qué mucho que yo los ame!
¡Qué mucho que yo los lea,
si son hojas arrancadas
al libro de mi existencia!
Cuando en mi obscura memoria
la frase brillando queda,
como en un girón de nube
el reflejo de una estrella,
es porque bajó tan hondo
la inspiración á cojerla,
que en esa frase palpita
el corazón del poeta.
Siempre que á soñar me pongo
encantadoras quimeras,
imposibles ideales,
seres de extraña belleza
que habitan en luminosas
arquitecturas aéreas;
formas que flotan aisladas,
y diáfanas, y serenas,
como los ángeles blancos
de la Divina Comedia,
la realidad de la vida,
inflexible, me despierta,
y quedo confuso y triste
sintiendo angustias supremas,
como esas aves que huyen
en busca de primavera
y en alta mar las sorprende
el furor de la tormenta.
Entonces escribo, escribo
con una ternura inmensa,

que sólo cuando hago versos
 el alma llora y se queja,
 y la inspiración se hunde
 en el mar de mis tristezas
 para recojer estrofas
 empapadas en mis penas.
 Y sin embargo, en el fondo,
 cuántos dolores se quedan
 sin expresión, tan intensos
 que no caben en la idea,
 porque son, deseos vagos,
 aspiraciones inmensas,
 alas que exploran espacios,
 sueños de cosas eternas,
 nostalgias de extraños mundos,
 citas de lo que no llega...
 La inspiración es un buzo
 que no ha pescado esas perlas!



EL CREPÚSCULO EN LA CELDA

Á RAFAEL CARPIO

I

El sol que muere á lo lejos
 En los brazos de la tarde,
 El horizonte que arde
 Con purpurinos reflejos;
 Cantando en los robles viejos
 El ave que al nido llega.
 El mar que risueño juega,
 Y alguna nave que flota

Como una blanca gaviota
 Cuando las alas despliega;

II

Las brumas crepusculares
 Envolviendo nuestra aldea,
 Y la torre que blanquea
 Entre verdes limonares;
 Cual corona de azahares
 La luna llena, á la espalda
 Del horizonte de gualda,
 Y en el manto de la noche,
 Desprendiendo el primer broche
 Su resplandor de esmeralda;

III

Este hermoso cuadro mira
 Con hondísima amargura
 Dentro de su celda obscura,
 Una monja que suspira.
 La triste lámpara espira
 Con resplandor tibio y puro,
 Allá... sobre el fondo obscuro,
 Y al agonizar alumbra,
 A un Cristo que en la penumbra
 Se destaca de aquel muro.

IV

¡Cómo revela su penal...
 ¡Cuánta compasión provoca
 Dentro de la negra toca
 Su nivea faz de azucenal
 Oid la oración, ya suena
 En la vibrante campana
 De torrecilla lejana,

Y llega como un gemido
Al aposento escondido
De aquella mártir cristiana.

V

Tristes suspiros exhala,
Y á través de su pupila
Radiante, pura, tranquila,
Una lágrima resbala:
La tarde, en tanto, su gala
Enciende, y la monja aquella
Mira la fúlgida estrella
Elevarse solitaria,
Y murmura esta plegaria
Con acentos de querella:

VI

—Oh! La tarde placentera
Está luciendo sus galas!
¡Qué leves siento las alas
De la brisa pasajera!
Manso alumbra la ribera
De la luna el rayo frío;
Mas... yo estoy triste, Dios mío,
Y mi corazón se queja
Tras la solitaria reja
De mi convento sombrío.

VII

En esta tranquila calma
En vano busco consuelo,
Que no hay nubes en el cielo,
Pero hay nubes en mi alma:
Pobre, sola, débil palma
Que en medio al desierto pones,

Es fuerza que la perdones
Si ya resistir no pudo,
Al huracán fiero y rudo
Engendro de las pasiones.

VIII

Cuán vanos mis votos son
Pues sin olvidar mi historia
Está viva en mi memoria
La imágen de una ilusión:
¡Ah Señor! perdón, perdón,
Si cuando llego á rezar,
En vez de plegaria alzar,
Mi pecho de amor se inflama
Ante la rojiza llama
De los cirios del altar.

IX

Perdón si con entereza
Hice un santo juramento,
Y vacilo y me arrepiento
De aquella falsa promesa;
Mas tu infinita grandeza
Oirá mi angustioso grito;
En mi corazón maldito
Todos mis ensueños gimen,
Perdona Señor, mi crimen,
Si es que amar es un delito.

X

....Ayer mis horas pasar
Alegres, ví con amor,
Para el mundo era una flor
Y un ave para mi hogar;
Mas hoy... ¿por qué recordar

El reposo ya perdido?...
 ¿Por qué mi pecho afligido
 Entre dolores se agita,
 Si la flor está marchita
 Y el ave lejos del nido...

XI

Nacieron mis ilusiones
 Como la luz de la aurora
 Que el horizonte colora;
 En medio á mis emociones
 Me arrullaban las canciones;
 —¡Recuerdo, jamás acabes!—
 Y tú, Señor, ya lo sabes,
 Yo contaba mis amores
 A las brisas, á las flores,
 A los cielos y á las aves.

XII

Porque amor, es la secreta
 Voz de sensación ignota;
 Porque amor es cada nota
 De la lira del poeta:
 La Naturaleza inquieta
 En mar de amor se deshizo,
 Y amor, amor, sólo quiso
 Al levantar su santuario,
 Jesucristo en el Calvario,
 Adán en el Paraíso.

XIII

Mas vanas son mis razones,
 Para disfrutar de calma,
 Es fuerza que mate el alma
 Sus últimas ilusiones;

Es fuerza que mis pasiones
 Sufran también su tormento...
 Y, sin embargo, yo siento
 Encenderse mi alma entera,
 Como se enciende una hoguera
 A los impulsos del viento.

XIV

Ya la noche se avecina
 Con sus lánguidos rumores,
 Buscan rocío las flores
 Y el nido la golondrina;
 La suave luna ilumina
 Mi rostro pálido y frío;
 ¡Ay!... yo estoy triste, Dios mío,
 Como paloma en las redes,
 Entre las negras paredes
 De mi convento sombrío.

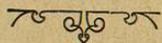
XV

Si de lágrimas me inundo,
 Es porque de gozo llena
 Ríe la vida serena
 Junto á mi dolor profundo;
 ¡Dios Eterno! ¡Alma del mundo!
 Si me curas la demencia
 Que arrebató mi existencia,
 Si quieres darme consuelo,
 Pon las sombras en el cielo
 Y la luz en mi conciencia.

XVI

Calló la monja, la sombra
 Extendió su pardo manto,
 Envolviendo al claustro santo

Cuya negra mole asombra:
 ¡Señor! mi labio te nombra
 Implorando tu piedad;
 Ten en cuenta su humildad
 Perdona su amor bendito,
 Y si amar es un delito
 Castiga á la humanidad!



GUTIÉRREZ NÁJERA (MANUEL)

LA DUQUESA JOB

Á MANUEL PUGA Y ACAL

En dulce charla de sobremesa,
 Mientras devoro fresa tras fresa
 Y abajo ronca tu perro Bob,
 Te haré el retrato de la duquesa
 Que adora á veces el duque Job.

No es la condesa que Villasana
 Caricatura, ni la poblana
 De enagua roja, que Prieto amó;
 No es la criadita de pies nudosos,
 Ni la que sueña con los gomosos
 Y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
 No tiene humos de gran señora:
 Es la griseta de Paul de Kock.
 No baila *Boston*, y desconoce
 De las carreras el alto goce,

Y los placeres del *five o'clock*.

Pero ni el sueño de algún poeta,
 Ni los querubes que vió Jacob,
 Fueron tan bellos cual la coqueta
 De ojitos verdes, rubia griseta
 Que adora á veces el duque Job.

Si pisa alfombras, no es en su casa;
 Si por Plateros alegre pasa
 Y la saluda Madam Marnat,
 No es, sin disputa, porque la vista;
 Si por que á casa de otra modista
 Desde temprano rápida va.

No tiene alhajas mi duquesita,
 Pero es tan guapa y es tan bonita,
 Y tiene un cuerpo tan *v'lan* tan *pschutt*,
 De tal manera trasciende á Francia
 Que no la igualan en elegancia
 Ni las clientes de Hélene Kossut.

Desde las puertas de la Sorpresa
 Hasta la esquina del Jockey Club,
 No hay española, yankee ó francesa,
 Ni más bonita, ni más traviesa
 Que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
 En las baldosas! ¡Con qué meneo
 Luce su talle de tentación!
 ¡Con qué airecito de aristocracia
 Mira á los hombres, y con qué gracia
 Frunce los labios—¡Mimí Pinson!